

al pasar ellos abría la verja del Retiro, con grandes patillas blancas, iguales á las de Diógenes. ¿Por qué tendría aquel hombre patillas y no vigote?... Esto le preocupa un momento, y volvió á acordarse de ello cuando una hora después se detenía en el coche á la entrada de una inmensa alameda formada por árboles frondosísimos, en que miles y miles de pájaros cantaban en todos los tonos las maravillas de Dios... Había allí un hombrecillo con patillas ralas y gafas de oro, tan pálido como él, tan azorado y tembloroso, con otros dos señores muy serios. Parecióle á Velarde que hablaban entre sí, y medían el terreno, y le daban á él una pistola, y otra al hombrecillo, y los ponían á los dos frente á frente. Sonó luego una palmada, después un tiro... Velarde dió un salto atróz y un alarido horrible, y árboles, montes, tierras y firmamento giraron bruscamente derrumbándose sobre él para aplastarle: cególe después una nube de sangre, luego otra negra, y después nada... nada más vió en la tierra....

Sólo vería en lo alto á Jesucristo, vivo y terrible que se adelantaba á juzgarle, y detrás la eternidad, oscura, inmensa, implacable....

XI

La noticia de la muerte de Velarde llegó á Madrid al punto, y la Condesa de Mazacàn fué la primera que se presentó en casa de la Albornoz, con la intención dañadísima de darle la triste nueva. Inmutóse Currita atrozmente, y por un momento pareció que el mundo entero se le venía encima.

—En Madrid ha hecho esto una impresión horrible,—dijo la Mazacàn apretando la torriquete; todo el mundo habla de su pobre madre: era él su único amparo.....

Currita comprendió el terrible reproche que esta intencionada observación encerraba, y sin tiempo para reflexionar, y convirtiendo en ira para los demás el propio remordimiento, achaque común de todos los mezquinos, olvidóse de su suavidad y su mansedumbre, y se revol-

vió furiosa, como una gata arisca á que pisan el rabo; en la impetuosidad de su ira, cometió la imprudencia de disculparse.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?—gritó. ¿Acaso le he dicho yo que se bata? ¿Quién le mandó meterse en camisa de once varas?... También el papel de D. Quijote tiene sus quiebras, hija mía ..

—Y las tuyas el de Dulcinea del Toboso, querida—replicó la Mazacán comenzando á sulfurarse.

—¡Ya lo creo que las tienes!...—Sobre todo, cuando se atraviesa cuando yo lo sé.....

—¿Y qué es ello?.....

—La envidia, hija, la envidia.

—¿La envidia?... —¿De quién?

—Tuya, por ejemplo.

La Mazacán saltó á su vez hecha una hiena, porque el tiro fué á dar en el blanco.

—¿Mía?—gritó... ¿Yo... envidia... de... tí? ¿De la Villamelón?... ¿De la Vi...lla...me...lo...na?...na?...

Y se reía con una carcajada en que iban envueltos todos los rencorillos mujeriegos de tiempos atrás almacenados, mientras acentuaba las sílabas de aquel Vi...lla...me...lo...na, que era por una extraña manía, el mayor insulto que podía hacerse á Currita.

Entonces comenzó entre la espiritual Ofelia y la Diana cazadora, una contienda digna de tener á Pedro López por cronista. Peleáronse como dos rabaneras, lanzándose á la agua de Colonia, con el desparpajo y el encono de

dos Marfisas ó Bradramantes de cabo de barrío, dispuestas á agarrarse por el moño y rodar por la mullida alfombra, lo mismo que ruedan las otras por en medio del arroyo. La Mazacán había roto los guantes apretando los puños, y daba gritos con su hermosa voz de soprano. La otra, tiesa en su asiento, erguida la cabecita como la de una víbora que defiende, escupía sus desvergüenzas sin moverse, sin mirar á ninguna parte, como una figurilla de ira petrificada.

En mitad de la contienda aludió Isabel Mazacán á las cartas del artillero, y este recuerdo trajo otro á la memoria de Currita, que pareció causarle grande sobresalto. Marchóse atropelladamente dejando á su rival con el insulto en la boca, y corrió en busca de Kate, su doncella. Juanito Velarde debía de tener una porción de cartas suyas, y era preciso recogerlas sin pérdida de tiempo, antes de que fuesen á parar á otras manos, y resultase algún compromiso como el de marras. Kate subió apresuradamente á un coche, y una hora después entregaba todas las cartas á su señora: entre ellas venía por equivocación el billete de la lotería, que la noche anterior compró Juanito Velarde al retirarse á su casa. ¡Extraña burla de la suerte! Aquel billete estaba premiado con 15,000 duros, que después de tirar muy despacio sus planes, se apresuró á cobrar la Condesa de Albornoz secretamente.

Madrid entero comenzó á desfilar otra vez por casa de Currita, dándole el pésame por

aquella desgracia, con uno de esos cinismos de que ofrece la corte frecuentes ejemplos.... Ella estaba pasada de pena; había sentido en el alma la muerte de aquel pobre muchacho, tan simpático, tan cariñoso, apegado como un perro á Fernandito y á ella.... El golpe había sido atroz, y se encontraba mala de resultas; porque ella no sabía nada, nada.... ¡Claro está! Habíase guardado muy bien el pobre-cillo de decirles una palabra á Fernandito y á ella, comprendiendo que por delicadeza le impedirían desde luego semejante disparate... Porque después de todo, había sido aquello una impertinencia de buenísima intención; una de esas pruebas de amistad que se prestan á interpretaciones á pesar de su heroísmo, y llegan hasta á ofender el decoro.... y por otra parte, traía aquello una cola larga! larga, que les era muy gravosa.....

Aquí bajaba Currita la voz y añadía en el mayor secreto, al oído de los charlatanes y charlatanas de profesión, que más fama de ello gozaban en la corte:

—Figúrese V. que esa pobre gente no tiene fortuna, y la madre queda en la miseria... Yo no la conozco; pero claro está, que es cuestión de delicadeza.... Por eso Fernandito y yo hemos tenido que hacer un sacrificio, y ya están depositados en el Banco de España 15,000 duros para que esa infeliz cobre la renta....

Y así era en efecto: Currita había depositado en el Banco de España los 15,000 duros ganados á la lotería por Velarde, y escrito lue-

go una carta á la madre de éste, dándole el pésame por la *heróica muerte* de su hijo, y lamentándose de aquel duelo á que su excesiva caballerosidad le había arrastrado. Añádiale después, con un rodeo no exento de habilidad ni de ficticia delicadeza, que siéndoles conocidas las circunstancias de su posición á su marido y á ella, querían ambos demostrar la amistad íntima que con el simpático Juanito les unía, ofreciéndole á ella una renta y un capital, que quedaban depositados en el Banco de España y cuyos resguardos le enviaba adjuntos.

Y una vez terminada esta carta, Currita se encogió de hombros y se quedó tan fresca.

Mientras tanto, nadie se cuidaba de preparar á aquella pobre madre para el golpe atroz que la amagaba, y feliz ella con la carta de Juanito, disponíase con la exagerada previsión del cariño, que se complace en forjarse necesidades que no existen, por el solo gusto de ponerles remedio, á preparar las habitaciones de aquel hijo querido, que no obstante su ingratitud y sus defectos, se le presentaba entonces como el modelo más acabado de amor de hijos. Nada hay tan dispuesto á perdonar como el corazón de una madre, ni nada tampoco como la ausencia, para borrar de la memoria los defectos de las personas queridas, y poner sólo delante sus buenas prendas y los momentos de dicha debidos á su cariño.

Entró, pues, en aquella habitación cerrada tres años hacía, santuario de su amor de ma-

dre, que ella sola visitaba, y comenzó á disponer lo que había de retirarse, lo que había de sustituirse y lo que había de añadir, para que nada faltara al huésped, y encontrase allí satisfechas todas las nuevas necesidades que hubiese adquirido en la corte. Anunciáronle entónces la visita del párroco, y ella bajó al gún tanto extraña, porque era la hora intempestiva por todos conceptos. El buen señor había leído en los periódicos la terrible catástrofe, y corrió desolado á casa de la infeliz madre, para prepararla poco á poco, antes que algún indiscreto le diera la noticia de un golpe.

Con mil angustias y rodeos y sin saber él mismo lo que se decía, comenzó su triste tarea, viniendo á decirle al cabo que su hijo estaba enfermo en Madrid y muy grave.

La pobre mujer saltó de la silla, blanca cual un papel, extrañada y casi irritada, como si fuese aquello una broma horrible que viniera á darle.

—¡Imposible!—gritó. ¡Si me escribió ayer! . . . ¡Si tengo yo aquí la carta!.....

Y daba vueltas como loca por el cuarto buscándola, y la puso abierta ante los ojos del cura, temblando como una azogada, con los ojos desencajados, sintiendo horribles escalofríos que le comenzaban en la nuca y le seguían por toda la espalda.

—¿Lo ve V?.....¿Lo ve V?.....decía.....Y viene por el mes de Agosto.....hasta la Virgen de Regla.....Y el día tres se va á confe-

sar.....¡No, no, imposible que se muera! ¡Hijo de mi alma!.....

Acudieron los tres chicos y las dos criadas, demudados todos, prisintiendo al oír los gritos de su madre después de la entrada del cura, alguna espantosa catástrofe. Este tomó la carta, y comprendió por la fecha, que la había escrito el desdichado algunas horas antes de su muerte.

—Por desgracia mis noticias son posteriores,—dijo. . . . Después de escrito esto, le atacó una apoplejía fulminante, y está muy grave. . . . muy grave.

—¡Jesús del alma! . . . ¡Virgen de Regla!—exclamó la madre; y clavando su mano en el brazo del cura, é hincándole los ojos en la cara, le preguntó con los labios blancos:

—¿Y se ha confesado?...—Sabe V. si se ha confesado? . . .

El cura no respondió, y ella volvió á repetir la pregunta sacudiéndole el brazo.

—¡Su alma, señor cura, su alma sobre todo! —exclamaba con angustia que hubiera roto un corazón de piedra.

Preciso fué decirle que nada se sabía de aquello, y ella dominó de repente su dolor, poniéndose á dar ordenes para marchar á Madrid aquel mismo día, en aquel mismo momento, ordenes secas, lacónicas, terminantes, crujiidos de su dolor inmenso, que agujoneaba la impaciencia. . . . El correo pasaba á las cuatro, y se necesitaban dos horas de coche para llegar á la primera estación de la vía fé-

rrea. Enrique vendría con ella: Pedro, á un gesto de su madre, corrió al parador á encargar un coche: las criadas salieron á disponer las maletas; Luisito, el chiquitin, comenzó á llorar: su madre le besó en la frente.

—No llores—le dijo.

Ella no derramaba una lágrima, asustado el cura, quería detenerla.

—Pero si no alcanzará V. el tren,—le decía.

—Se pone uno especial.

—Eso cuesta muy caro.

—Tengo diez mil reales en casa.... Y si no, se vende todo.... Se pide de limosna.

—Pero señora espere V.....

—¿Y su alma, señor cura, y su alma?—gritaba ella con los ojos muy abiertos. ¿Acaso esperará la muerte?..... ¡Y estará allí solo..... solo, el hijo de mi vida, sin su madre que le haga confesar, que le ayude á bien morir si Dios le llama, que le cierre los ojos y le acueste en la tierra!.....

Volvió Perico demudado, temblándole las manitas, queriéndose sonreír y no pudiendo... La voz le faltaba: no había llegado al parador. ¿A qué correr tras la desdicha, si salía al encuentro la esperanza?..... En el camino había le dicho Martín Romero, que él tenía noticias, que Juanito estaba mejor, casi bien del todo...

—¿Lo ve V?..... ¿Lo ve V?—gritó la madre triunfante.

Y tuvo una explosión de alegría formidable, rompiendo á reír violentamente, y entre-

cortando su risa con profundos sollozos sin lágrimas.

El cura se apresuró á desmentir aquella falsa nueva, hija de una compasión estúpida, y preciso fué ya decirle de una vez que su hijo había muerto..... Pero el cura se detuvo allí espantado, y no tuvo valor para decirle ni cómo ni cuándo.

Ella recibió el golpe encogiéndose, retrocediendo, oscilando, dejándose caer en una silla, sin voz, sin pulso, sin alientos, sin lágrimas, meneando la cabeza y agitando los labios como una idiota, llevándose ambas manos al corazón, donde sentía algo que se le moría de pronto, cierta cosa helada y terrible como debe de ser la muerte....

El cura lloraba como un niño, y procuraba consolarla: ella le escuchaba con los ojos fijos y enjutos, como se escucha un viento que brama, sin comprender lo que dicen sus mugidos que aterran, pero sabiendo bien que traen consigo el rayo y la tormenta. Sus hijos se arrojaron á sus brazos llorando, y al contacto de aquellas tres cabezas despertó su corazón de madre, desgarrándole el pecho un sollozo inmenso, y encontrando al fin su dolor una salida, un alivio, un consuelo. ¡Las lágrimas!.....

Todo el mundo en el pueblo respetó aquella pena sin medida, y nadie tuvo valor para referirle los horribles detalles de la muerte de su hijo. Mas á los tres días llegó la carta de

Currita, y allí los encontró todos juntos la mísera anciana.

Su instinto de madre le hizo adivinar cuanto allí había, y sin proferir una queja, ni desplegar los labios lividos por el dolor y la ira, hizo pedazos los resguardos del Banco, los metió en un sobre con la carta que los acompañaba, y lo devolvió todo á la Condesa sin añadir una sola letra.

Quedóse esta estupefacta al recibir aquella extraña respuesta, y se encogió de hombros murmurando.

—Será alguna vieja rara.....¡Vaya V. á ver: una cosa hecha con tanta delicadeza!.....

Y quedóse luego muy pensativa, porque no sabía qué hacerse con aquellos 15,000 duros, que había pretendido regalar á su legítima dueña. Sus escrúpulos de Zapirón se resistían á embolsárselos del todo, y el recto tribunal de su conciencia, le aconsejó entónces emplearlos en alguna obra benéfica. Ocurriósele dar un gran baile, una fiesta ruidosísima y brillante, á beneficio de los niños de la Inclusa; pero la estación estaba ya muy adelantada, todo el mundo había creído asfixiarse pocas noches ántes en el baile de Butrón, y ella debía también emprender al fin de la semana su viaje á Bélgica. Entónces tuvo una idea felicísimas: hacer con aquel dinero un espléndido donativo al Papa Pío IX, cuando fuera á visitarlo en Roma, á principios de otoño. Entusiasmáala por completo este pensamiento que acallaba sus escrúpulos y satisfacía su vanidad, ima gi-

nándose ver ya en todos los periódicos de Europa, pomposos elogios tributados á la piadosa munificencia de la Excm. Sra. Condesa de Albornoz.

Aquella noche llegó María Valdivieso muy animada, cerca ya de las nueve.... Era preciso, indispensable urgentísimo, que Currita se viese con ella al Circo del Príncipe Alfonso... *Debutaba* Miss Jesup, una *diva* monísima, hija de un general yankee. Había venido recomendada á Pepa Alcocer, y á otras varias de la grandeza. Paco Velez se lo había dicho.

—El línes pasado, justamente el día que murió Velarde, cantó en casa de Alcocer el rondó final de *Cerenéntola*.... ¡Chica! en mi vida he oído cosa igual: va á tener un *succés* asombroso.... Con que vistete y vámonos, que no quiero perder el ária final del prtmer acto..... ¡Chical! Qué gran verdad aquella!.. Yo me la apropio.

Y se puso á cantar con malísima voz y detestable oído, el

Sempre libera deggio
Transvolare di gioja in gioja.

de la *Traviata*, ópera á la sazón muy en boga, y escogida por Miss Jesup para presentarse por primera vez en la escena madrileña.

—Ay no, no!—dijo Currita muy displicente. No tengo ganas de ópera.

—Pero mujer...—¿Te vas á enterrar en vida? ...Tres días hace que no sales.

—Y además, ya tú ves, el luto...

—Pero si llevas ya cinco días... ¿A cuando aguardas para dejarlo?... No me lo hubiera yo puesto diez minutos por Juanito Velarde; porque por más que tú digas era muy soso, hija, muy sosito.

—Entonces me pondrá esta noche medio luto... Justamente tengo un vestido sin estrenar, blanco negro; es bonito, pero no creo que pueda servir para otra cosa.

—Pues aprovecha la ocasión, tonta... Pero anda lista, que es muy tarde.

Y ella misma se levantó para tirar de la campanilla, y dar a Kate las ordenes necesarias.

Currita se vistió en breve tiempo, y mientras tanto, dábale conversación la Valdivieso, ponderándole la voz y la hermosura de Miss Jesup, y lo bien que había estado Stagno la noche anterior en *Un ballo in Maschera*, sobre todo en el aria final, cuando lo asesinaban. Paco Velez se lo había dicho.

—Oye, y á propósito de muertos...—¿Te contestó ya la madre de Velarde?.....

—Justamente hoy he tenido carta...—Por cierto que debe ser una vieja rara...

Kate se permitió interrumpir á las dos primas, preguntando si la señora Condesa llevaría guantes blancos ó negros.

—¿Qué te parece María?

—Los blancos irán bien...

—Me parece que caerán mejor los negros.

—Traiga V. un par de cada color y lo veremos.

—Pues sí; debe ser un vieja rara... Figúrate que se niega á recibir la pensión.

—¡Jesús, mujer, qué rareza!

—Lo que oyes... Me escribe una carta muy agradecida, muy altisonante, con su poquito de deberes morales y de Providencia divina, y concluye diciendo que nada necesita, y que todo le sobra.

—Pues mejor para tí...—Eso mas te encuentras.

—Sí, pero ya tú ves; yo tenía hecho ya por el pobre Juanito ese sacrificio, y no porque la doctora de su madre se niegue, me voy á volver atrás... Por eso he pensado, cuando vaya á Roma por Octubre, hacer el donativo de esos 15.000 duros al Padre Santo, para que le conceda indulgencias...

María Valdivieso se quedó muy edificada, y y las dos primas salieron, cogiendo Currita, distraída con la conversación, un guante blanco y otro negro. Echó de ver su error al ir á ponérselos, ya cerca del teatro, y quiso volver á su casa para cambiarlos. Mas la Valdivieso riendo como una loca, le dijo:

—Pero mujer no seas tonta; pónelos... Lo tomarán por una originalidad, mañana tienes ya la moda en planta.

—¡Pues es verdad!—exclamó encantada Currita.

Y así sucedió en efecto: á todos pareció muy *chic* aquel nuevo capricho, y á la noche si-

guiente, se veían por todas partes en el teatro trajes de dos colores diversos con guantes de dos colores distintos.

El *debut* de Miss Jesup alcanzó una ovación ruidosísima, y sólo hubo que lamentar un chistoso ridículo. Al final del último acto, cuando la heroína acababa de espirar en la escena, y Alfredo, su padre y el doctor, entonaban el último terceto, una racha de viento colado pilló descuidada á la *diva*, y le arrancó después de difunta un estrepitoso estornudo.

Al día siguiente no se hablaba de otra cosa en Madrid, que de la ovación de la Jesup, del importuno estornudo, y de los guantes de Currita; nadie se acordaba ya del nombramiento de Camarera, ni de la muerte de Velarde, ni del registro de la policía.

Currita respiró ya tranquila, viendo cortada por completo, gracias á sus manejos, la larga cola que había profetizado Butrón, á su nombramiento de Camarero; su consecuencia política quedaba fuera de toda duda, produciendo entre otros resultados, tres *pequeñeces* diversas.

Una madre desolada.

Una alma en el infierno.

Y la moda de los guantes distintos.

Mientras tanto, Villamelón preparaba con grande afán, las fotografías de donde habían de sacarse los grabados para la *Revista Ilustrada*; todo lo demás, habíalo echado en el cajón de las *cuestiones bizantinas*.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

Libro Segundo

I.

El tren expreso de Marsella á París traía cuatro horas de retraso, por haberse roto un puente la noche ántes entre Gallician y Saint-Gilles. Los viajeros llegaron á las cuatro y media á la gran capital, apeándose en la *gare de Lyon*, hambrientos y mal humorados. Un hombre de unos treinta años saltó el primero de un *sleeping-car*, y atravesando el andén ántes que la multitud lo invadiese, llegó al *carrefour*, con ese aire seguro y exento de toda perplejidad, que anuncia siempre al viajero práctico en añagazas de aduanas, estaciones y caminos de hierro.

Hizo allí una seña al primero de los muchos coches de alquiler que en ordenada fila esperaban, y el cochero acudió presuroso, midiendo antes con la vista de piés á cabeza, la traza del viajero. Traía éste por todo equipaje una de esas *fundas* inglesas, arrolladas en correas, que encierran tanto en tan poco trecho,